

BENJAMÍN FRANKLIN Y ESPAÑA¹

THOMAS CHÁVEZ²

Benjamin Franklin nunca pisó tierra española, pero mantenía correspondencia con líderes e intelectuales españoles. Esas cartas, así como también todos los intercambios epistolares que tienen que ver con su persona, están guardadas en España, al menos en seis archivos diferentes. Estos documentos constituyen una fuente de información que hasta hace muy poco tiempo permanecía inexplorada.

La relación de Franklin con España comenzó en enero de 1774 cuando el personal de la embajada española en Londres concertó con el Dr. Franklin –como los españoles acostumbraban referirse a él– la donación de una armónica de cristal para el Infante, Don Gabriel de Borbón, hijo menor del rey Carlos III de España. El secretario de la delegación describió a Franklin como “el Filósofo, quien es la mejor persona del mundo”. El príncipe manifestó su agradecimiento obsequiándole, a su vez, su traducción de *La Conjuración de Catilina* y

¹ Esta nota es una sinopsis de un libro de edición artesanal limitada publicado por la comisión de Prensa del Palacio de los Gobernadores de Santa Fe, Nuevo México. El autor se encuentra trabajando actualmente en una compilación en varios volúmenes de todos los documentos guardados en los archivos de España que tengan relación con la figura de B. Franklin. La presente versión castellana es de Graciela S. Tomassini.

² Historiador, investigador, escritor y profesor universitario. Ha sido Director Ejecutivo del Centro Nacional de Cultura Hispánica en Albuquerque (NHCC) y anteriormente director del *Palacio de los Gobernadores en Santa Fe*, New Mexico por más de veinte años.<http://www.anle.us/485/Thomas-E-Ch%C3%A1vez.html>

La guerra de Yugurta, de Cayo Salustio Crispo, obras latinas del siglo primero A.C.

Franklin recibió el regalo del príncipe en Filadelfia. Siete meses antes de la Declaración de la Independencia y a menos de un mes del Congreso Continental que lo designara para integrar el Comité de Correspondencia Secreta con la misión de ir a París en procura de alianzas con países europeos, Franklin le escribió al príncipe. Junto con la carta, le enviaba una copia de “las últimas Actas de nuestro Congreso Americano”, como manifestaciones de “un estado naciente” llamado a desempeñar, “en breve, un Papel de considerable importancia en el escenario de los Asuntos Humanos.” Planteaba, además, la conveniencia de que España y los Estados Unidos se convirtieran en estrechos aliados, aunque lamentaba que su avanzada edad le impidiera ver “el Acontecimiento de esta magna Lucha”.

Franklin llegó a París el 21 de diciembre de 1776. Ocho días después, el 29, él y sus dos compañeros de misión se reunían con Pedro Pablo Abarca de Bolea, Conde de Aranda. Aranda era el embajador español en Francia. A sus cincuenta y siete años – trece menos que Franklin– tenía en su haber una larga y distinguida carrera diplomática. Era un hombre inteligente, muy viajado, bien ubicado en su cargo, franco y digno de confianza.

Después de la primera reunión, Aranda reportó a sus superiores su sorpresa de que Franklin y sus correligionarios, Silas Deane y Arthur Lee, no hubieran expresado otra intención que “una solicitud de buenas relaciones”, cuando, “en la situación en que se encontraban”, cualquiera habría esperado que la prioridad fuera “gestionar ayuda y solicitar dicha ayuda”. Agregaba que no se había podido llegar a nada porque los comisionados hablaban muy poco francés.

Seis días después se celebró un segundo encuentro, para el que Aranda consiguió un traductor de inglés y francés. Allí Aranda recibió la impresión de que Franklin parecía ignorar que España ya estaba enviando ayuda a las colonias inglesas.

Hasta el 21 de julio de 1779 España mantuvo una posición neutral. Ello obedecía a tres principales razones. En primer lugar, la neutralidad encubría la ayuda secreta que España enviaba a las colonias británicas. Segundo, España necesitaba tiempo para ordenar su diplomacia y sus fuerzas militares; y tercero, España esperaba forzar a Gran Bretaña a una negociación de paz. Franklin fue impuesto de la

posición española, y la valoraba. En cierto momento, Franklin intentó entregarle a Aranda unos papeles, pero este no lo consideró apropiado. Ante la persistencia de Franklin, Aranda le solicitó copias, pero aquel insistió en enviarle los originales, que constaban de un voluminoso documento acompañado por una carta. El documento procedía del Congreso Continental, y estaba firmado por su presidente, John Hancock. En el mismo se leía que “el Congreso” había instruido a Franklin “para comunicar, negociar y concluir con Su Muy Católica Majestad, el rey de España ... un tratado...” La carta, escrita por Franklin, informaba a Aranda y al rey mismo que el Congreso lo había enviado a Europa “como Ministro Plenipotenciario ante la corte de España”. ¡Franklin había sido designado como el primer embajador norteamericano en España! Sin embargo, continuaba Franklin en su carta, había comprendido el valor de la neutralidad española, para cuya salvaguarda él debía permanecer en París. Le aseguraba a Aranda que ni él ni el Congreso “harían nada que pudiese incomodar a un país por el que sentían tanto respeto”.

Franklin trató de convencer tanto a Francia como a España de declarar la guerra a Gran Bretaña. Escribió a Aranda que “...las naciones siempre tienen la habilidad de imaginar pretextos específicos para cada guerra en la que quieren involucrarse”. Por otra parte, constantemente agradecía a España por los pertrechos y dineros que proporcionaba. Con la aprobación de Aranda, instruyó a algunos capitanes navales americanos, entre los que se contaba John Paul Jones, para que fondearan las naves en el puerto seguro de Bilbao, España. Tanto el Comandante General Marqués de Lafayette como el Barón Frederick von Steuben viajaron a América con la ayuda de España. Frazadas españolas fueron embarcadas para el campamento de invierno de George Washington en Valley Forge. En 1778, la firma española Gardoqui e Hijos envió dieciocho mil frazadas, once mil pares de zapatos, medias y suministros médicos. Mientras tanto, llegaba pólvora y armamento a través de Nueva Orleans, por entonces dominio español.

Franklin estaba al tanto de esta ayuda, y Aranda lo mantenía informado acerca de las negociaciones con Gran Bretaña. En 1779, Franklin escribió que España, en sus negociaciones con Gran Bretaña, había insistido en que la independencia de América fuese “real, no una mera apariencia”. Cuando las negociaciones fracasaron, supo que la declaración de guerra por parte de España era inevitable, por

lo que también reportó que España estaba preparándose para la contienda. Cuando España declaró la guerra a Gran Bretaña el 21 de junio de 1779, Franklin estuvo de acuerdo con sus compatriotas en que la independencia estaba al alcance de la mano. Washington escribió que el fracaso británico en las negociaciones de paz estaba “fuertemente teñido de insanía”, mientras John Adams observó más sucintamente que ahora Gran Bretaña tendría que concentrarse en sus enemigos europeos, dejando a las colonias libradas a “una paz segura y duradera”. Y así resultó. Franklin y Aranda representaron a sus respectivos países en las negociaciones que culminaron en el Tratado de París de 1783 y en la independencia de los Estados Unidos.

Establecida la paz, Franklin trabó amistad con el Conde de Campomanes, político español, escritor, y por entonces director de la Real Academia Española de Historia. Franklin gestionó la membresía de Campomanes en la Sociedad Filosófica Americana que él había fundado en Filadelfia. A su regreso, Franklin le envió a Campomanes una carta acompañada del correspondiente certificado de membresía, junto con un volumen de Actas de la Sociedad Americana de Filosofía.

A su vez en Madrid, el 9 de julio de 1784, don Ramón de Guerra, miembro de la Real Academia Española de Historia informó a sus colegas que Franklin había donado a esa Academia una colección de sus libros. Agregó que, en una carta que acompañaba la donación, William Carmichael, recientemente designado como Representante Comercial de los Estados Unidos en España, observaba que “la Academia de Ciencias establecida en Filadelfia bajo el nombre de Sociedad Filosófica” había designado al Director de la Real Academia Española de Historia como miembro honorario. Guerra propuso entonces que:

En atención ... a la justificadamente adquirida fama del Dr. Franklin como celebrado político e intelectual, y por ser miembro de las academias más importantes de Europa, y en respuesta al ejemplo que ha dado con la creación de la Sociedad Filosófica, propongo a la Academia que sea admitido como Individuo Honorario.

El consejo directivo aprobó la propuesta sin discusión y “con aclamación”. Así, Franklin se convirtió en miembro de la Real Academia Española de Historia.

Esta es la síntesis de una historia que empezó con un intercambio de obsequios y concluyó con un intercambio de membrecías honorarias en instituciones académicas. Entremedio, está la importantísima mediación ejercida por Franklin en las relaciones diplomáticas entre España y las colonias británicas en rebelión, que constituye una prueba más del papel crucial que le cupo a España en el nacimiento de los Estados Unidos como nación.



Regreso de Benjamín Franklin a Filadelfia, 1785
por Jean Leon Gerome Ferris